

REPORTAJE



TRAS EL HUEMUL BLANCO

COMO QUIEN BUSCA A PIE GRANDE O AL YETI, DESDE HACE 15 AÑOS ESPECIALISTAS Y AFICIONADOS RASTREAN SIN ÉXITO AL HUEMUL BLANCO EN LA PATAGONIA. LOS ARGENTINOS DICEN HABERLO VISTO EN SU LADO Y QUE LA ÚNICA FOTO QUE PRUEBA SU EXISTENCIA SERÍA DE UNA TURISTA ARGENTINA. SIN EMBARGO, ENCONTRAMOS LA IMAGEN ORIGINAL Y A LA AUTORA, UNA CHILENA POTENTE Y ASOMBROSA. SIN ELLA, EL ÚLTIMO MITO VIVO DE LA FAUNA CHILENA NO EXISTIRÍA.

TEXTO Y FOTOS: ROBERTO FARIAS



Margarita Bustos habita en las solitarias montañas de Aisén. Y no sólo tomó la única foto que prueba la existencia del huemul blanco, sino que lo ha plasmado en bordados, cuentos, poemas y canciones.



ai de rodillas en medio de las montañas nevadas. Jadeante y vencido, la cámara, el trípode, los pesados lentes fotográficos colgaban de mis hombros como niños huérfanos:

"¡El huemul blanco, Dios mío, sólo déjame verlo y me voy! No puede ser tan difícil".

Suspiré. Imploré. Maldije. Nada. En ocho agotadores días, con grandes dificultades sólo había visto

un par de huemules en su hábitat silvestre entre los cerros de la Patagonia. Muchos cóndores, pájaros carpinteros, roedores, zorros. Pero huemules unos pocos y de lejos y del huemul blanco, nada. Ni rastro, ni pelos, nada. Era como buscar una aguja en un inmenso pajar.

Datos ciertos decían que este huemul especial había sido visto en mayo pasado cerca de Lago Alegre, al oriente de Villa O'Higgins, donde termina la carretera austral y comienza ese largo vacío en el mapa chileno, sin caminos ni poblados hasta Puerto Natales.

Al menos cuatro expediciones habían intentado encontrarlo. El alemán James Bierman financió su larga estadía en la zona entre 1993 y 1994, también dos venezolanos estudiosos de cérvidos, un grupo de aficionados chilenos y esta última, un viaje exploratorio de Bienes Nacionales, pues el predio donde se les ha visto es desde hace 15 años una enorme extensión fiscal que podría elevarse a categoría de reserva ecológica en caso de hallarlo.

Al principio, Rodrigo López (40), el biólogo del Comité Nacional Pro Defensa de la Flora y la Fauna (Codeff) que encabezaba esta travesía, daba pocas precisiones, como ocurre cuando los científicos se traen una pepita de oro entre manos. Estaba consciente de que el primer biólogo que lo registrara se anotaría un valioso poroto científico.

Hay pocos casos de mamíferos albinos y siempre generan esa curiosidad entre morbosa y tiernucha. En Chile se han encontrado dos pudús albinos. Ambos fueron sacados de sus hábitats y exhibidos hasta la saciedad. Murieron pronto. Uno en Osorno en los 80 y el otro en Concepción en 1996.

"Este mito es viejo", confiesa finalmente López. Desde hace casi 30 años se dice que hay un huemul blanco en el Lago Alegre casi en la frontera con Argentina. Como es terreno de ganado salvaje que se cubre de nieve durante muchos meses, es probable que sea una población muy aislada y que un gen albino se reproduzca entre ellos sucesivamente por la escasa diversidad genética.

Pero incluso, afirman otros expertos con más ganas que argumentos, si es cierto que hay hasta una hembra blanca, podría tratarse de un improbable género de huemules blancos desconocidos en la enorme cordillera. "¿Te cachái?", dice López, incrédulo, abriendo un tubo de ensayo donde vierte caca de huemul recogida esos días para un futuro estudio genético comparativo. "Yo no quiero atraparlo, ni llevarlo a un zoológico. Sólo quiero verlo. Recoger muestras genéticas. El mito ya entró en mí. No puedo retroceder".

Si intentar seguir a un biólogo en terreno ya es trabajo de maratonistas, intentar seguir a uno que rastrea huemules, es de triatleta. Éste es un ciervo esquivo y trepador, de hábitos crepusculares, que vive en lugares rocosos y empinados. Ahí donde también habitan los cóndores.

Hay que caminar días y días y trepar como un carnero. Mirándolo todo en busca de fecas, huellas, pequeños rasguños en las cortezas que dejan con sus cornamentas. Viendo sus echaderos diurnos. Observando con telescopios.

Con estar unos segundos frente a un huemul silvestre, López se siente pagado. No por casualidad lleva 17 años estudiando a los huemules por la cordillera y es uno de los 15 connotados especialistas que hay en Chile. Los ha visto prácticamente en todos sus territorios.

La única prueba fehaciente del huemul blanco es una serie de fotos de muy mala calidad que datan de 1992 y que hoy circulan en internet sin autor. Algunos postean que es un chivo blanco en una postura confusa. Los escépticos, que es obra de algún ocioso trucador de fotos digitales.

Conforme pasa el tiempo y las dificultades para comprobarlo, el mito ha crecido. En Parques, la Conaf argentina, dan por sentado que la foto corresponde a una turista argentina que lo vio en Argentina. En parte, incluso se han apropiado de él y ya anuncian que lo han visto en el Parque Perito Moreno, donde, como dice López, "un día cualquiera los argentinos podrían hacer un mirador Huemul Blanco con teleférico incluido...".

Todos los especialistas en este ciervo endémico de Chile y Argentina en peligro de extinción y del que sólo quedan dos mil ejemplares, tienen por ahí una copia de la foto del esquivo ejemplar blanco. O la han visto al menos. Es borrosa. Pixelada. Pero es un dato vital. Nadie lo andaría buscando de no ser por ella. Ni yo. La vi poco antes de partir desde Santiago sin darle mucha importancia. Tomaría cientos de fotos, pensaba. Lo tendría comiendo de mi mano.

Pero días después, agotado y apaleado, constaté la dificultad de esa proeza. Vencido, me eché a dormir en un filo rocoso mientras los baqueanos y Rodrigo López seguían buscando huellas.

En el sueño alguien, que supongo hermosa, me tomó la mano.

"Tú en el fondo estás muy triste. ¿Es por la mujer, no es cierto?"

Desperté azorado, volaban cóndores junto al sol y lo primero que se me vino a la cabeza fue aquella foto del huemul. ¡Ése es el reportaje!

"Si es tan difícil verlo y fotografiarlo -pensé- la mujer que tomó esa foto debe ser muy particular".

La cámara, los lentes y yo, tirados en las rocas, parecimos revivir. Me despedí de López, me separé del grupo y, eufórico de nuevo, partí por mi cuenta a la inmensa cordillera tras ese rostro.

Margarita Bustos

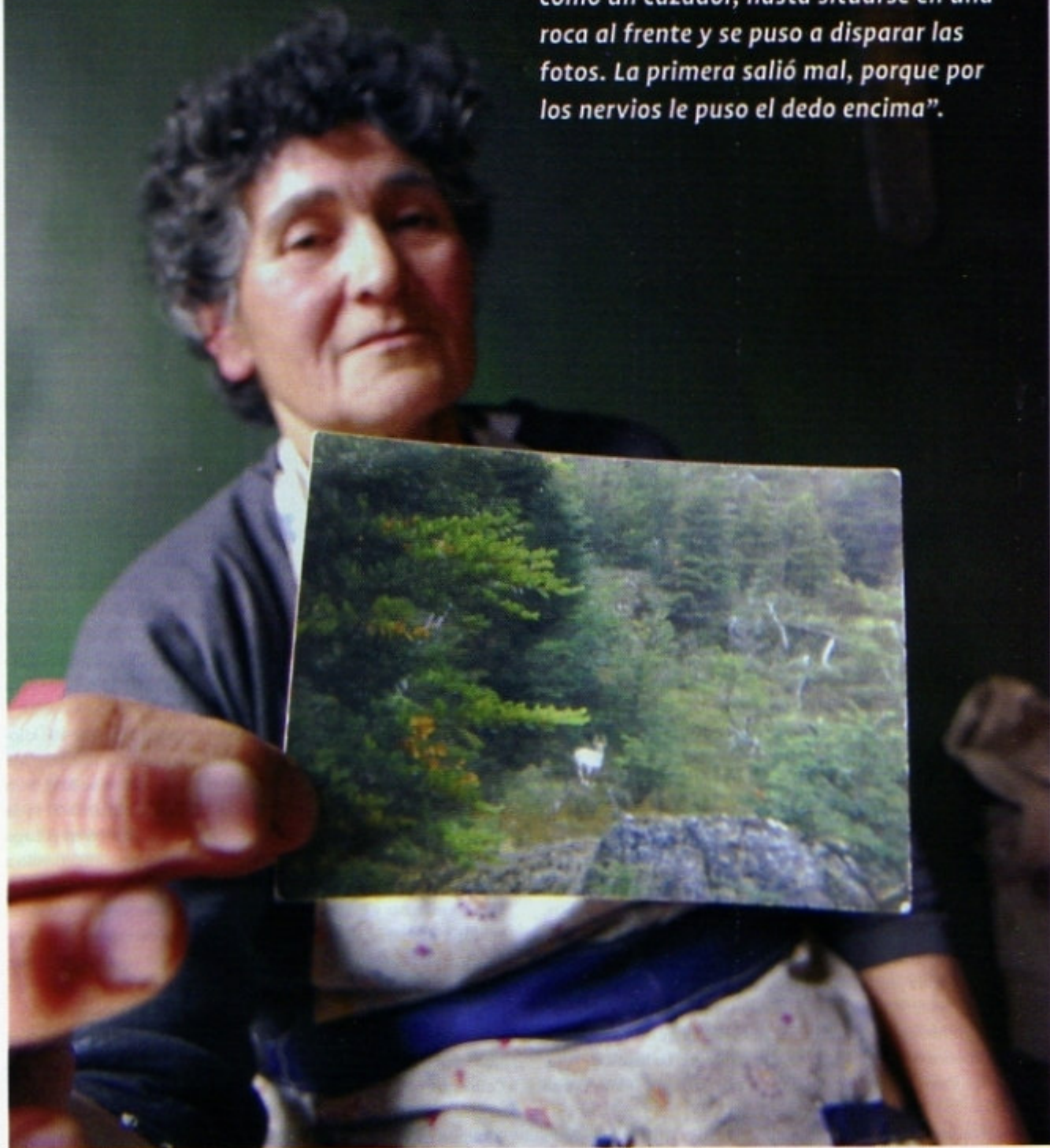
El primero en advertir del huemul blanco fue, como suele ocurrir, el loco del pueblo. En 1978, Villa O'Higgins era sólo un caserío aislado al que sólo se llegaba por avión, en lancha por Argentina o en una penosa marcha a caballo de doce días desde Cochrane. El Loco Fermín dijo que buscando un chivo fugitivo en las montañas había visto un huemul blanco. Nadie le creyó.

Ocho años más tarde tampoco le creyeron a Rubén Pradenas, el primer colono chileno del lago Christie y que, sin embargo, aún no tiene títulos de dominio. Tuvo al famoso huemul a dos metros. Lo avistó por años. Después dejó de verlo durante una década:

"No hará sino en octubre del año pasado que lo vi de nuevo. Tanto tiempo sin verlo, le dije. Tenía cachitos, ¡era un macho, che!".

Otros baqueanos lo han visto cada tantos años por las montañas en la ruta desde Villa O'Higgins hacia Cochrane. Es un camino de

“Era de mañana y el huemul blanco estaba ramoneando tranquilo. Margarita sacó la Kodak de su alforja y fue tras él. Subió una ladera de 80 metros, arrastrándose, apenas haciendo ruido, como un cazador, hasta situarse en una roca al frente y se puso a disparar las fotos. La primera salió mal, porque por los nervios le puso el dedo encima”.



troperos, una cabalgata ruda, sacrificada, muy querida hoy por turistas extremos. Está plagada de tumbas y calaveras que grafican a los baqueanos que han muerto en ella.

El destino violento e impredecible del extremo sur quiso que en 1991 muchos colonos abandonaran sus tierras debido a que la erupción del volcán Hudson las sepultó con cenizas por los próximos cien años. Entonces, se fueron más al sur en busca de lugares sin dueño y aptos para vivir. A colonizar.

Margarita Bustos y su marido Raúl Alarcón bajaron desde Cerro Castillo por esa ruta con su tropa de 70 chivos, 35 vacas, 20 caballos y 12 hijos. Después de un mes, llegaron al Lago Alegre que de alegre tiene poco. Es un paraje áspero de nieve, apenas vegetado y con poca fauna. El vecino más cercano vivía a día y medio a caballo. Con buen tiempo.

Arreando sus animales, Margarita fotografió al huemul blanco en la primavera de 1992, a los pies del Lago Alegre, en una pequeña cumbre de 80 metros.

Cuando mostró las fotos en Villa O'Higgins no la tomaron en serio, pero la noticia se difundió.

Nelson Fica, el eterno alcalde de entonces y de ahora, le compró la tira de negativos en 150 mil pesos. Lo que equivalía a dos vacas buenas. Él mandó a hacer 15 copias de 20 x 25 enmarcadas que regaló al director de Conaf, a políticos de Coihaique, a concejales y a otros amigotes de asado. Así se disparó el mito del huemul blanco.

Sin embargo, hoy ninguna de esas copias originales sobrevive y los negativos están extraviados. El propio Fica sólo tiene una copia de la foto bajada de internet, en una caja de zapatos.

Cuando se asoma Margarita Bustos en la puerta de su remota casa, en las solitarias montañas de Río Mayer, a tres metros de la alambrada de la frontera con Argentina, me dice simplemente:

"Adelante, pase, pase..."

Todo parece cobrar sentido. Sus ojos, de una fuerza peculiar y vivaz, valen aquellos diez días de caminatas infructuosas tras el huemul blanco. De inmediato vamos a su tesoro fotográfico. Pese a que vendió los negativos se reservó las tres mejores copias del huemul blanco.

"Son mi tesoro—dice—y me las han pedido infinitas veces que las baje al pueblo, que se las preste a no sé quien, que las van a copiar y me las devuelven, pero no las llevo. ¡De aquí no salen! Si quieren venir a verlas, no hay problema".

Sus otras fotos revelan su curiosidad. Muchas flores exóticas, paisajes, animales. Registró su penosa caravana migratoria cuando llegó desde el volcán Hudson.

Venían realmente maltrechos. Se toparon en el camino con otras caravanas de refugiados sin tierra como ellos, que fueron quedando en el camino, acampando, luego levantando pequeños ranchos, estableciéndose por fin.

En 1991 Margarita tenía 49 años. Empezaba de cero otra vez en una aislada y árida puntilla del Lago Alegre. Pasaba seis meses aislada completamente. Las vacas morían enterradas en el hielo.

En el invierno escaseaban tanto sus víveres que trajo los primeros salmones desde el río Bravo al Lago Alegre. Lo hizo a caballo, en bidones y cambiándoles el agua en cada arroyo. Demoró una semana.

"Me arrancaron lágrimas esos salmones. Pero así tuvimos pescado



"Como es terreno de ganado salvaje que se cubre de nieve durante muchos meses, es probable que los huemules blancos pertenezcan a una población muy aislada y que un gen albino se reproduzca entre ellos sucesivamente por la escasa diversidad genética".

fresco en este lago yermo. Lleno sólo de sapos".

Rodrigo López, el biólogo, no habría estado muy de acuerdo con introducir especies foráneas en el lago—“producen desequilibrios”, decía—, pero qué mayor desequilibrio que el hambre.

También sembró un castaño, albaricoques y flores. Petunias, amapolas, azucenas, rosas, clavelinas, corazón de María, campanarios, banderas argentinas. En suma, hizo de ese agreste lugar, un hogar.

"Los chivos se fueron perdiendo poco a poco, pues era muy difícil rastrearlos en los roqueríos". En una de sus búsquedas, vio por primera vez al huemul blanco.

"Vi una manchita blanca. Pensé que era una cabra, pero no. Me acerqué y era un huemul. Le dije a Raúl—su marido que falleció hace tres años y al que borda tristes coronas de tela e hilo que deja deshilarse al viento en el cementerio—si acaso nos traería suerte".

Cuando contó del avistamiento en Villa O'Higgins la trataron de loca, como a todos los que venían con el cuento. Vendió sus vacas en el pueblo como siempre, compró víveres para una larga temporada y antes de regresar, se gastó sus ahorros en una sencilla cámara Kodak-Hanimex 110 que no usa pilas y se juró que le tomaría una foto para enrostrarles a los incrédulos.

Como las colonias de este ciervo no se desplazan más de 200 kilómetros estaba segura que lo atraparía. Pero le costó. Mucho. "Me tomó un año volver a pillarlo de cerca. ¡Un año! Varias veces lo vi, pero se me escapaba. Siempre andaba vivo el ojo con mi camarita. El 13 de septiembre de 1992, en la primera primavera que pasaba en el Lago Alegre, venía con mi hijo Rolando y con un rebaño de vacas cuando a lo lejos divisé un manchón blanco en un bosquecillo de lengas".

Era de mañana y estaba ramoneando tranquilo. Sacó la Kodak de su alforja y fue tras él. A los 50 años subió una escarpada ladera de 80 metros, arrastrándose, apenas haciendo ruido, como un cazador, hasta situarse en una roca al frente y se puso a disparar las fotos. La primera salió mal, porque por los nervios le puso el dedo encima.

Fueron cinco disparos consecutivos. Como en aquella época ni siquiera en Cochrane revelaban fotos, tuvo que esperar hasta un viaje a Coihaique para revelarlas. Y por eso hay un desacuerdo en los años. Margarita recién pudo desarrollarlas en marzo de 1993.

Cuando mostró la foto en Villa O'Higgins llegaba mucha gente a

"Sólo una mujer con la curiosidad espontánea y sencilla pudo haber tomado esa foto que docenas de especialistas y obsesos, con todos sus equipos, aún no han podido ni podrán sacar en mucho tiempo".



verla como si se tratara de un objeto divino. Algunos dudaban. Pero los que han visto huemules lo identificaban de inmediato. No había trucos, ni retoques, ni internet. Era el mítico huemul blanco. Luego vino el alcalde y le vendió los negativos.

En un ajado cuaderno donde Margarita escribe los sucesos importantes de sus días —la muerte de su vaca Sirenita, el nacimiento de un nieto, un buen negocio de animales, la foto del huemul— redactó un cuento infantil sobre el huemul blanco.

La convencieron para que lo llevara a un taller de Prodemu y ganó una mención honrosa. También ha hecho bordados con el huemul blanco. Poemas. Lo ha metido en canciones que salen de su guitarra. Son sus tesoros de arte naif puro y cordillerano.

—Usted es como una pequeña Violeta Parra de las montañas, le digo.

Se ríe.

—No sé, no sé. ¿Sabe? Lo único que me ha movido en la vida es ayudar a ser más feliz a la gente. ¿Para qué hacerles pasar un mal rato? ¿No es cierto? Si se les puede dar una flor, un poema, una canción...

—O una foto.

La dejó hilar lana de oveja a los 65 años y cuyos ovillos vende

cada tanto en Villa O'Higgins. Observo a su caballo "Farolito", sus perros "No sirve" y "No sabe" que se cuelan a través de la alambrada a territorio argentino y de pronto caigo en la cuenta: ella es quien ha mantenido vivo el mito del huemul blanco. Ella es el mito. Sólo una mujer con la curiosidad espontánea y sencilla pudo haber tomado esa foto que docenas de especialistas y obsesos, con todos sus equipos, aún no han podido ni podrán sacar en mucho tiempo.

Le cuento que incluso puede que llegue la televisión tras el huemul blanco en mayo próximo, pues una marca de detergentes quiere financiar una quinta y ambiciosa expedición para dar con él sí o sí y que se transforme en el protagonista de un comercial.

"¿Pero para qué? —dice Margarita—. Lo van a asustar y hasta lo pueden matar. ¿O lo llevarán a un zoológico? Por mí, si es para eso, ¡mejor que ni vengán por acá a buscarlo!".

En la pared cuelga su rifle por si a alguien le caben dudas.

Bajamos de las montañas. Las nubes negras pronto cierran de nuevo los pasos fronterizos y el huemul vuelve a ser un fantasma inasible, inefable, imposible. Mejor así. Mejor mito que animal de circo televisivo. Acelero de regreso por la carretera austral, plagada de carteles ¡Patagonia sin represas! Diablos, tengo sed y pienso que soy un periodista muy malo y aún no sé ir al fondo de las cosas. ♣